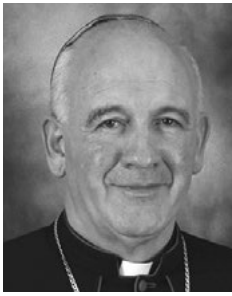


Recuperemos el tejido social



Por **Excelentísimo Monseñor Luis Augusto Castro Quiroga**
 Presidente de la Conferencia Episcopal Colombiana
 Arzobispo de Tunja
 Administrador Apostólico de Duitama Sogamoso

En la dimensión de la pastoral, “lo social” juega un papel valioso y de gran significado, en muchos proyectos de pastoral se escucha hablar de la recuperación del tejido social, nuestro I Foro Diocesano nos situó de cara a realidades que debemos valorar desde “lo social”, por ello sus tres ejes temáticos sobre “Grandes Actividades Económicas, Cuidado del Medio Ambiente y Participación Local Ciudadana”, nos llevan a publicar una reflexión de Monseñor Luis Augusto Castro Quiroga, actual Arzobispo de Tunja que nos habla de la costura o lo desechable. Este artículo, en el cuerpo de la revista, nos permite cuestionarnos sobre la Evangelización y las implicaciones con el Estado, la ciencia, el ser humano, la naturaleza, la sociedad y las costumbres; a la vez nos ofrece luces en nuestro

ser y hacer en la Evangelización de “lo social”.

¿De costura o desechable?

Me refiero a las medias, no a las medias tintas ni a las varillas de media, sino simplemente a las medias, las de los pies, para ser más preciso, las que se ponen en los pies antes de los zapatos. Por culpa de estos o de otros factores, el hecho es que las medias se suelen romper, ya sea por atrás o por delante.

Las abuelas y las mamás de otros tiempos veían en ello un problema y un desafío. Con un rato de costura lograba unir lo que se había roto y las dos orillas que se habían separado, volvían a encontrarse siendo reforzadas con hilos más fuertes.

En este caso no vale cuando decía Jesús de que no se puede colocar un remiendo viejo en una tela nueva porque aquí no hay lugar para remiendos,

sino sólo para unir las dos orillas generadas por la ruptura.

Hoy no hay esa preocupación porque estamos en la cultura del desechable. Hechos los cálculos, sale más económico no unir con hilos las orillas separadas, sino desechar esas medias rotas y comprar otras nuevas.

Puede ser así. Pero hay rupturas que no se pueden arreglar con la fórmula “desechar y comprar”. Se requiere la paciencia de las abuelas y de las mejores mamás. Y esa paciencia la debes tener tú como también los mejores sacerdotes frente a esa media o calcetín llamada la sociedad de hoy, que tiene rotos o rupturas por todos lados.

La primera ruptura se ha dado entre el Estado y la Iglesia.

La verdad es que en el pasado se intentó coser

estas dos realidades con el hilo del poder y eso no resultó. El Estado quería el poder, pero la iglesia, y en este caso especialmente la jerarquía, no se quedaba atrás. Ni para qué recordar aquellas luchas entre los güelfos y los gibelinos, los primeros defensores de la supremacía papal y los segundos valedores de la supremacía imperial.

Ni tampoco sea el caso recordar a un Papa con plenos poderes temporales dividiendo una buena porción del mundo entre españoles y portugueses.

De manera que no se trata ahora de volver a unir estos dos “poderes” con los hilos políticos del pasado, sino de unirlos con un hilo muy necesario hoy que se llama **el bien común** que debe ser preocupación tanto del estado como de la Iglesia. La tarea del sacerdote es educar al bien común, no como forma de política partidista, sino como forma de promoción humana con sentido incluyente, en el espíritu de la fraternidad dictada por el Evangelio.

La segunda ruptura ha sido entre la ciencia y la fe.

En nombre de una razón absolutizada, el hombre moderno, que podía haber escogido medias a la medida de sus pies, escogió unas muy pequeñas y prefirió cortarse los dedos antes que optar por otras más grandes. Estas medias tan estrechas no fueron otra cosa que el método de las ciencias naturales, el método científico, el método matemático demasiado pequeño para ajustarse a la grande realidad del ser humano.

El científico prefirió reducir de tamaño al hombre eliminando su espíritu y reduciendo el ser humano a un organismo muy de tipo biológico y nada más, antes que renunciar a su estrecho método. Albert Einstein no tuvo este problema en su vida. Él decía que la escalera de la ciencia es como la escalera de Jacob, termina a los pies de Dios.

Gran tarea tiene el sacerdote hoy de favorecer el acercarse de las dos orillas uniéndolas con ese hilo llamado búsqueda de la verdad que, según Juan Pablo II, se puede

encontrar cuando se vuela hacia ella como el ave, con las dos alas de la razón y de la fe.

La tercera ruptura aconteció dentro del mismo el hombre y como consecuencia de la anterior.

De hijo de Dios y creado por Él a su imagen y semejanza con un fin último y suprema felicidad cual es Dios mismo, se reduce a ser producto de un particular proceso evolutivo que lo ha hecho un animal superior a los demás, por tanto, un ser puramente material no dotado del alma, sino sólo de mente, cuyo funcionamiento depende de una determinada estructura cerebral y un signo zodiacal y muere terminando en la nada como todos los otros animales.

Enorme es la costura que debe realizar el sacerdote a través de su tarea apostólica para volver a unir la realidad de un ser humano creado por Dios y la posible realidad de un proceso evolutivo que lleva, a partir de la creación del ser humano, a su desarrollo.

La cuarta ruptura se da entre la realidad del hombre y la realidad de la naturaleza.

Como según el punto anterior, la naturaleza no es creada por Dios y ordenada por Él según ciertas leyes, pues el hombre puede hacer con la naturaleza cuanto le venga en gana. Puede disfrutarla pero también explotarla, destruirla, manipularla para sus fines personales y todo ello olvidando que la misma naturaleza debe servir para las siguientes generaciones.

Delicada costura que hay que realizar entre la realidad del ser humano y la realidad de la naturaleza, una costura que debe darse con los hilos de la responsabilidad por el propio mundo y el que se entregará a las sucesivas generaciones sin olvidar que no somos dueños ni explotadores, sino administradores de una realidad creada por Dios para nuestro beneficio.

La quinta ruptura, muy concreta, acontece entre la sociedad y sus costumbres, es decir, entre el ámbito de la moralidad y el de la legalidad. Moral y legalidad buscaron ir siempre juntas

La sociedad, cual media desgastada, se desgarró y aconteció la ruptura; así que una cosa es lo legal y otra lo moral, cuando no se llega incluso a declarar que lo legal es moral.

La moral, dice la sociedad, es un asunto privado y cada uno puede hacerse la suya como puede hacerse también su propia religión. En cambio la legalidad es para todos y es obra del legislador que crea la ley y la hace cumplir. Pero si la ley está contra la moralidad, la ley misma se impone como prioritaria.

Complicado llevar a reflexionar al hombre de hoy, ansioso de poder y de manipular la misma naturaleza humana para su beneficio y cambiar la ética a su antojo, para que comprenda el primado de la naturaleza humana y sus exigencias éticas sobre las leyes humanas y cómo éstas deben diseñarse teniendo presente su fundamento, como es la dignidad plena de la naturaleza humana creada por Dios.

Estas cinco rupturas te exigen formas nuevas de evangelización. La evangelización debe ser renovada en su espíritu, en sus

métodos, en sus formas y en sus instrumentos. La razón es muy sencilla: ya no estamos en el tiempo de la cristiandad, esto es cuando estas rupturas no se daban.

El sacerdote hoy tiene muchas tareas complicadas, pero necesarias así como las abuelas tenían el montón de medias en el costurero para ir las arreglando una a una con paciencia, pero también con sabiduría y con fe.

Tomado del libro: ¡Hola Padrecito! ¿Buen Pastor? (2012).
Monseñor Luis Augusto Castro Q. 1ª.ed. Pág 128 -131.

